

que se quiera, la manía de las conquistas y la incapacidad ó la mediación de los consejeros, de que se rodeó en su ancianidad, hicieron que Luis XIV fuese maldecido por los extranjeros y por la misma Francia, desde el momento en que cesó la ilusión de la gloria.

Aquella ilusión tuvo un término. A medida que desaparecían los grandes hombres que le rodeaban, el entusiasmo hácia el gran rey se entibiaba: no podía dirigirse el odio contra los ministros, cuando había querido atraerlo á sí; no existiendo ya las libertades, se sabía que todo procedía del rey. Era preciso que reducido el Estado á un hombre, se asociase á la suerte de aquel sér frágil. Los cortesanos, que le veían de cerca, se burlaban de él en secreto; los que respetaban aún al rey con sus errores, eran aquellos que le habían adulado ménos en su prosperidad, por ejemplo, Fenelon, y el pueblo, que compadecía sus pesares domésticos, y cuyo dolor fué noble y desinteresado, como todo lo que procede del pueblo.

El principio y fin del reinado de Luis XIV recuerda aquellas máscaras antiguas, en las que por una parte representa la risa, y por la otra el llanto. El fastidio llegó á ocupar el vacío que habían dejado las vastas ideas; á los grandes dolores sucedieron los grandes cuidados, aún más difíciles de soportar. Las mezquinas persecuciones, las sentencias reservadas por jansenismo, la pequeña oposición del cardenal de Noailles, entristecieron á un reino humillado en el extranjero. Luis XIV creía tan importante domeñar á Quesnel ó á las religiosas de Puerto-Real, como rechazar al príncipe Eugenio de las fronteras del reino. Se privaba, por sus opiniones, de los servicios útiles de hombres que pensaban de otra manera que él, aunque luchando entre el deseo de reprimir la herejía y el temor de maltratar á la virtud. Los grandes talentos que Luis XIV había favorecido en otros tiempos fueron considerados culpables, ora porque mostrasen tibieza, ora porque se atreviesen á sustituir la verdad á eternos elogios. Cubrióse de reliquias, como Luis XI, y la devoción de la corte fué, á ejemplo suyo, demasiado general para no ser sospechosa de hipocresía.

Al mismo tiempo se diría que se había tratado de distraer al pueblo de los males públi-

cos, corrompiéndole y fomentando sus pasiones. Las composiciones de Dancourt y Légrant aparecieron en el teatro, donde ostentaron más licencia que las de Scarron y Montfleury; la ópera estaba llena de obscenos equívocos. Conservóse un lujo de costumbre, á falta de placeres y gloria, aunque fué más oneroso por la penuria de las rentas. Sobreviviendo Luis XIV á todos los hombres que le habían formado una aureola, á su hijo, á sus nietos, se vió rodeado de un pueblo que obedeció por rutina, pero sin entusiasmo; no se dirigió ya sino por los consejos de su confesor y por los de la mujer que le dominaba. Madama de Maintenon, que participaba de su poder y de su fastidio, se vió obligada á sufrir los cuidados de aquella condición, y el suplicio de divertirse á un anciano gastado. Al mismo tiempo, la necesidad de tener con él reserva en sus discursos, le impidió mostrar una voluntad firme y le precisó á recurrir á la intriga.

Más que indulgentes los franceses con respecto á las galanterías de sus reyes, no perdonaron nunca á Luis XIV aquel afecto hácia una mujer que no se atrevía á hacer pasar por querida, ni á reconocer como esposa, por lo que no encontraron en ella nada tierno ni jóven, nada capaz de despertar el interés.

Luis XIV había conocido, pues, el exceso de la grandeza y el del infortunio, el ruido de las alabanzas y la reacción del menosprecio, en la que había más despecho que verdad. Sin perder, no obstante, nada de su íntima confianza en sí mismo, ni de su autoridad sobre el pueblo, siempre tan arbitrario y altanero, enviaba á su nieto al trono de España, con recomendaciones tiránicas; prodigaba el dinero para agrandar á Marly y satisfacer aquella manía de edificar; urdía tramas en Inglaterra, meditaba la reunión de un concilio nacional para proscribir la mitad del clero. Nunca en medio de tantos escritos, en los que se muestra cuidadoso de la opinión, se le escapa una sola palabra que revele el deseo de ser amado. Ahora bien, dejaba morir el país pobre, y al mismo tiempo poseía inútiles tesoros en pedrería, suntuosos muebles y palacios; una numerosa servidumbre que recompensar, varios hijos naturales, cuyo porvenir afectaba su corazón. Había reducido al parlamento á tal servilismo, que, en contra

de las leyes del país, le hizo declarar que, á falta de herederos legítimos descendientes de su persona, sus hijos naturales legitimados sucederían en la corona.

La nación, que le había plaudido cuando se presentaba en el ejército entre su mujer y dos queridas, se creyó entonces insultada por aquella pretensión del rey devoto de querer dar la corona de San Luis á los frutos de un doble adulterio. Tuviéron éstos gran parte en su testamento; pero debió conocer que las facciones de la corte no esperarían, para estallar y destruir su obra, más que el tiempo que le durase la vida.

En sus últimos momentos decía á su heredero: *Hijo mio, no olvideis vuestras obligaciones para con Dios; procurad vivir en paz con vuestros vecinos. He amado demasiado la guerra; no me imiteis en esto ni en los excesivos gastos. Tomad parecer en todo; tratad de conocer lo mejor, y seguidlo. Consolad al pueblo con todo vuestro poder, y haced lo que yo he tenido la desgracia de no hacer.*

Fué un relámpago momentáneo. Todos se admiraban de la tranquilidad de su conciencia, hasta el grado de que las gentes timoratas concebían serios temores por su salvación. El hecho es que, después de haberse confiado toda su vida á otros, sin siquiera sospechar que se atreviesen á engañarle, entregaba aún entonces el asunto más importante para él á los directores de su conciencia, á quienes sólo decía: *Si me habeis engañado, habeis hecho un gran mal.*

Aún respiraba, y era ya abandonado por aquellos que le habían incensado con miras interesadas; hácia el duque de Orleans, designado como regente, se dirigían todas las miradas. Madama de Maintenon se retiró á Saint-Cyr, como si la religión le prescribiese otro asilo que la cábecera de su esposo, á quien tributaron los últimos cuidados unas mercenarias.

La madre de Luis XIV le había dicho en su infancia: *Procura asemejarle á tu abuelo, no á tu padre; pues lloraron en la muerte de Enrique IV y rieron en la de Luis XIII.* En la suya Massillon no le dispensó de los ataques acerados en su discurso de recepción en la Academia; en Roma le negaron las exequias reales; París dispuso expresamente tiendas para beber,

cantar y divertirse como en un regocijo público. No recordando la muchedumbre más que diez años de miseria é hipocresía, insultó sus funerales, ultrajó su nombre y el de su mujer, prometiéndose en el reinado de su sucesor gloria y esplendor: ilusión de costumbre en los pueblos desgraciados.

CAPÍTULO XI

Escandinavia.

Necesariamente debía caer la Suecia de la categoría á que la había elevado Gustavo Adolfo cuando sucumbió este príncipe en el campo de Lutzen; sostúvose, sin embargo, predominante en el Norte, y si el proyecto de Carlos Gustavo se hubiese verificado, hubiera podido permanecer algún tiempo entre el número de las potencias principales.

Cuando Gustavo Adolfo marchó para la expedición (1632), de la que no debía volver, había dejado el gobierno en manos de ministros hábiles, que después de su muerte hicieron elegir á Cristina, su hija, con una regencia compuesta de cinco miembros. Estos eran: Jacobo, conde de la Gardia, livonio; Carlos Gyllenhielen, gran almirante; el gran canciller Axel Oxenstiern, con uno de sus hermanos y uno de sus primos, provistos de instrucciones bastante detalladas para impedir todo abuso de poder. Habiendo sido excluida de la regencia la reina viuda, huyó descontenta á Prusia; y Cristina, conforme á los deseos de su padre, recibió la educación de un hombre; hizo, pues, estudios clásicos, y al mismo tiempo Oxenstiern iba todos los días á instruirla en los asuntos del gobierno y de la política.

Los regentes hubieran querido conservar las conquistas de Gustavo Adolfo en Livonia, y sobre todo en Prusia, en atención á que libertaban al país de la Polonia y quitaban á esta potencia el acceso por mar. Pero no pudiendo conseguirlo con las armas por la guerra de Alemania, aceptaron en Strumsdorf un congreso (1635), en el que intervinieron como mediadores la Francia, la Inglaterra y la Holanda, con el elector de Brandeburgo. Aquellas potencias tenían interés en humillar á la Suecia. En su consecuencia, después de largas y complicadas intrigas, se convino en una tregua de veinti-

seis años, por la cual la Suecia restituía á la Polonia la parte de la Prusia conquistada, conservando á Elbing, el pequeño Werder y Pillau; privósele también de posesiones muy favorables á su engrandecimiento marítimo.

Ya hemos hablado de sus guerras con la Dinamarca, terminadas por la paz de Bromsebro, y la guerra de treinta años, que concluyó el tratado de Westfalia; según este último tratado, la Suecia se convirtió en un Estado del imperio, y adquirió la Pomerania anterior, con la isla de Rugen, una parte de la Pomerania posterior y otros territorios.

Cuando Cristina ascendió al trono, formáronse en la corte dos partidos: el uno afecto á Oxenstiern, y el otro que le era contrario; tenía este último por jefe al conde de la Gardia (1644), á quien la hermosura de su persona y sus modales de cortesano debían dar influencia con una reina de veintidos años.

Muchos príncipes aspiraban á la mano de aquella princesa; pero á ella la agradaba permanecer libre, ó más bien poder satisfacer sus volubles gustos; y después de haber discurrido mucho sobre este asunto, declaró al Senado su aversión al matrimonio (1649). Invítóle, pues, para que le designase por sucesor á Carlos Gustavo, conde palatino de los Dos Puentes, su primo, que había sido educado con ella. Los Estados confirmaron aquella proposición, y el futuro heredero esperó, lejos de los negocios, extraño á toda ambición y sólo ocupado de cacerías, un trono al que no parecía próximo á subir.

Cristina, cuya instrucción era variada y que escribía en varias lenguas, se complacía en la conversacion de los sabios que llamaba de todos los países. Renato Descartes, desconocido en Francia, perseguido en Holanda, le dedicó varias de sus disertaciones, y fué á Estokolmo por invitación de la reina. Libre allí del ceremonial de la corte, le era preciso ir á palacio todos los días á las cinco de la mañana para hablar con Cristina, ocupacion que aceleró, tal vez, el fin de sus días, sin que consiguiese convencer á la reina de su filosofía. Asignó una pensión á Gassendi, además de los regalos que le hizo. No pudo detener á Hugo Grocio, á quien el canciller Oxenstiern había hecho ir para adoptar sus consejos, y aquel sabio murió al volver á su

patria. Además, Juan Frehinsheim, que se atrevió á escribir los suplementos á Quinto Curcio y Tito Livio, era su bibliotecario en union de Gabriel Naudé. Podían verse con ellos en su corte á Marcos Meibon, editor de los antiguos compositores de música; á Claudio de Saumser, al abate Pedro Daniel Huet, á Isaac Vossio, á Nicolás Heinsio, á Samuel Bochart y á otros más que le ayudaron á civilizar el país, aunque inquietándole de cuando en cuando con sus rivalidades.

El reinado de Cristina fué muy brillante, sin que deba atribuirsele el mérito. La Suecia se había hecho bendecir por toda la Alemania reprimiendo la ambición del Austria; había agrandado sus posesiones, aumentado su gloria fuera y su prosperidad dentro, extendido su navegacion, favorecido las artes y los trabajos de las minas. Así fué que el producto de las de cobre ascendió, desde 2.400 millares que producía anteriormente, á más de 6.000, y no había mueble ó utensilio en el país que no se hiciese de metal.

Reunidos los suecos y los holandeses en la costa septentrional de América, se establecieron entre los rios Delaware y Hudson, en el país que llamaron después Nueva Escocia; los primeros se encargaron del cultivo de las tierras, y los segundos de la venta de sus productos. Pero un año después de la abdicacion de Cristina, los suecos se vieron obligados á abandonar aquel país á los holandeses, y de los holandeses pasó á los ingleses, que le dieron el nombre de Nueva Jersey. Constituyóse una sociedad para hacer el comercio de la Guinea, donde se cambiaba el hierro y el cobre por el oro.

Cristina no era hermosa, más bien hombre que mujer en todas sus acciones; descuidada en su traje, de poco alimento, insensible al frio, al calor, á la falta de sueño, incansable á caballo, habitaba con preferencia el palacio de Jacobsdal (Ulricsdal), donde las cacerías, las academias, la ayudaban á olvidar los cuidados del trono. Quería, sin embargo, verlo todos contestaba, inqueria, asistía al consejo, ambiciosa y avara de todo género de gloria. No quería tener mujeres á su servicio; se complacía en ser cortejada por los hombres, con quienes era muy voluble; y la crónica de la época cita á varios á quienes prodigó sus generosidades,

cuando el tesoro tenía la mayor necesidad de que pensase en economizarle. Se la sospechó, pues, de locura, y aún más cuando abdicó la corona en favor de Carlos Gustavo (1654), reservándose la absoluta soberanía de su persona, la de sus comensales y servidores, el palacio de Nykæping, las islas de Öland, Gotland, Ösel, Wollin, Usedom, la ciudad de Wolgast y algunas tierras en Pomerania.

Semejante resolución dió lugar á multitud de comentarios. ¿Qué motivo había determinado á ella á la reina? Era para hacerse católica, ó para casarse con Fernando IV, rey de los romanos? Estas no son más que suposiciones. Detestaba los negocios, pero despachaba con facilidad. Sus rentas estaban en desorden, pero tal vez las había descuidado precisamente porque pensaba desembarazarse de ellas. Tal vez deseaba vivir independiente, ó que la segunda parte de su reinado no empañase la primera, y quería hacerla más ilustre con aquel acto de filosofía.

«Los hombres políticos, dice Federico, que todo en ellos es interés y ambición, la desaprobaban; los cortesanos, que buscan siempre delicadeza, repitieron que su aversión á un matrimonio con Carlos Gustavo la había inclinado á abdicar; los sabios la alabaron por haber renunciado á la grandeza por amor á la filosofía; pero si hubiera sido verdaderamente filósofa, no se hubiera manchado con el asesinato de Monaldeschi; ni hubiera sentido haber abandonado el trono, como lo sintió en Roma. Las personas prudentes no lo consideraron más que una extravagancia que no merecía elogio ni vituperio; pues no hay grandeza en descender de un trono sino por la importancia del motivo que determina á ello, por las circunstancias que acompañan á aquel acto, por la magnanimidad con que se sostiene.»

Después de haber convertido Cristina en dinero sus alhajas y los despojos del palacio, se declaró católica en Inspruck (1656): unos dicen que por intrigas de los jesuitas, otros que por un efecto de su propia ligereza; tal vez sin otro motivo que por ser más considerada en los países donde se proponía habitar, ó para añadir una escena análoga á la de su abdicacion. Fué acogida en Italia con una pompa desusada, queriendo el papa con este aparato celebrar un

triumfo de la religion. Ofreció á Nuestra Señora de Loreto una corona y un cetro; establecida en Roma en el palacio Farnesio, uno de los más hermosos del mundo, dividió su tiempo entre el estudio y los placeres, honrada como pocos príncipes de su época hubieran podido serlo.

Cuando la Suecia perdió la Pomerania, Cristina sufrió retraso en el pago de la renta que se había reservado (ascendía á 200.000 escudos, y Oxenstiern decía que ningún enemigo había costado tan caro al reino): en su consecuencia el papa le asignó 12.000 escudos romanos. En su palacio era donde se reunía todo lo más distinguido que había en Italia; tratábase en una especie de academia, de poesía y filosofía moral, y esto dió origen á la *Arcadia* (1656). Favorecía y sostenía á los artistas: Octavio Ferrari recibió de ella un collar de oro por un elogio; encargó á Felipe Baldinucci escribir la vida de Bernin.

Dos veces volvió á Suecia é inquietó al país, como veremos. Una reina sin reino, decía, es una diosa sin templo, á la que pronto le faltan los homenajes. Mujer de transacciones, quería al hacerse católica reservarse el comulgar con los luteranos una vez al año; deseaba al descender del trono conservar rentas reales, sin corte, con el derecho de volver á ascender á él y el de poder sentenciar á muerte. Dos veces fué á Francia: la primera fué bien acogida, con frialdad la segunda, y se la envió á Fontainebleau. Cuando adquirió la convicción de que el marqués Juan de Monaldeschi, su caballero mayor, la vendía, le condenó y le hizo dar el golpe mortal, creyéndose autorizada á aquel asesinato por la reserva enunciada en su acto de abdicacion. Ocupáronse mucho de este crimen en Francia, donde, sin embargo, fué tolerada Cristina. Pero la historia no pudo absolverla ni tampoco la jurisprudencia, pues se encontraba en un territorio extranjero.

Cuando Inocencio XI abolió las franquicias en Roma, medida á la que Cristina prestó su asentimiento, salvó á un hombre preso por los esbirros, y escribió una insolente carta al papa, que se la perdonó. Aspiró á la corona de Polonia, se encontró mezclada en todas las intrigas de la época, y cantaron en su alabanza todos los poetas. Escribió diferentes cosas, casi todas en francés; pero lo más interesante son sus cartas

y su vida, que dedicó á Dios, á quien con frecuencia dirige la palabra. Vivió hasta el 19 de Abril de 1689, y su herencia se distribuyó: Alejandro VIII compró su biblioteca; Livio Odescalchi sus cuadros y piedras labradas.

Débilmente contribuyó Cristina á hacer florecer las letras suecas, lo que impedía una continua guerra. Sólo se cultivaron las matemáticas para ayudar á las operaciones militares, y las primeras determinaciones exactas de las provincias se debieron á los filósofos cartesianos. Andrés Spole (1699) y Juan Billberg (1717), despues Andrés Celsio, construyó á sus expensas el primer observatorio en Upsal, y publicó el primer periódico literario en 1742. Las gacetas políticas comenzaron á salir á luz en 1667, y formáronse tambien en aquella época archivos de antigüedades. Jorge Lilio Sternhjeln (1672), padre de la poesía sueca, imitó los metros de los antiguos y resucitó muchas expresiones escandinavas; pero carece de inspiracion. El nombre más ilustre es el de Samuel Puffendorf.

Aunque hasta entonces se habia mostrado Carlos X súbdito tranquilo y sumiso, dió prueba de aptitud para los negocios. De nuevo ofreció su mano á Cristina, despues de ser una persona particular; mas rechazado otra vez, se casó con Edwígis Leonor de Golstein Gottorp, y comenzó un reinado que fué corto, pero que ofreció un gran interés. Gustavo Adolfo habia puesto á la Suecia en una posición insostenible: las arcas se hallaban exhaustas, los súbditos debilitados por los impuestos y aumentados los monopolios; obrando Cristina por capricho, habia exigido la obediencia, como en un reino despótico, y aumentado de esta manera los descontentos; mal dispuestas las potencias suscitaban continuas querellas; Carlos X debió remediarlo todo y cumplir grandes designios. Le pareció que mientras que en Dinamarca y en Polonia una nobleza inquieta de sus privilegios ponía obstáculos á las intenciones de los príncipes y lo trastornaba todo, podía realizar los proyectos de Gustavo Adolfo, extendiendo su dominación á los países que rodean el Báltico.

Encerrada la Dinamarca entre la Suecia y sus posesiones de Alemania, parecia una conquista fácil. Las provincias situadas en el Báltico, ocupadas entonces por los polacos y la casa de Brandeburgo, interrumpian la comuni-

cación entre la Livonia y la Pomerania; habia, pues, gran ventaja en adquirirla. Obligando á los ducados de Curlandia y Prusia á reconocer á la Suecia por soberana, ocupando la embocadura del Vístula, sometiendo la Prusia polaca y Dantzick independiente, adquiriendo la Pomerania Oriental mediante una compensación dada á la Polonia en la casa de Brandeburgo, la Suecia se encontraría dueña del Báltico. Sus soldados, que se habian endurecido en el oficio de las armas en la guerra de Alemania, y adquirido una grande reputación, debian secundar poderosamente semejante proyecto. El dinero estaba escaso, pues las rentas apenas ascendian á 800.000 escudos y la deuda era de diez millones; pero la gran fama de los suecos y la guerra no podian dejar de proporcionarle.

Carlos X hizo conocer á los Estados generales la necesidad de asegurar las fronteras de la Livonia, cuando la Rusia se encontraba en guerra con la Polonia; en su consecuencia, votaron dinero; hizo que los dominios reales enajenados en tiempo de Cristina se redujesen á feudos, con la obligación los propietarios de restituir una cuarta parte.

Habiendo reunido tropas, las hizo marchar sin haber sido provocado, y por simples motivos de conveniencia, contra Juan Casimiro V, rey de Polonia, que alegaba pretensiones á la corona de Suecia. Este príncipe tenia en su contra un poderoso partido porque no le agradaban las costumbres guerreras del país y porque era dominado por la voluntad de su mujer. El vice-canciller Radziejowski excitaba á Carlos X á la guerra, al mismo tiempo que los protestantes le llamaban contra un rey que habia sido cardenal y jesuita. Púsose, pues, Carlos en marcha, y habiendo emprendido la fuga Casimiro, ocupó la mayor parte de la Polonia (1655). Despues de haberla adquirido con horribles asolaciones, la conservó con ayuda de medios bárbaros, hasta el grado de prometer que todo polaco de su partido que diese muerte á uno del contrario, recibiría la mitad de los bienes de la víctima.

Aún ambicionaba más la Prusia; negoció, pues, mucho tiempo con Federico Guillermo (1656), elector de Brandeburgo, que concluyó por reconocerse vasallo de la Suecia, y dar

libre paso á sus tropas y entrada en sus puertos.

Pero Casimiro volvió á presentarse: cansados muchos polacos de la preferencia que se concedía á los suecos y á los alemanes, seducidos además por las promesas de que nunca son avaros los pretendientes, le secundaron con actividad; las guarniciones fueron asesinadas y se llamó á los tártaros de la Crimea. Desesperando Carlos X de conservar la Polonia en medio de tantos enemigos y de insurrecciones que sin cesar renacian, pensó en dividirla, reservándose la Prusia Real, y concediendo la Gran Polonia, como reino, al elector de Brandeburgo; la pequeña, con la Lituania, á los rusos, á los cosacos y á Jorge Ragoczy, príncipe de Transilvania. En su consecuencia, el elector le secundó con todas sus fuerzas de tal manera, que derrotó á los polacos y recobró á Varsovia (1656). De esta manera obtuvo Federico Guillermo lo que deseaba; á saber, la soberanía del ducado de Prusia por la convencion de Laviau, por la cual aquel ducado y el principado de Warnia quedaban separados de la Polonia y se convertian en soberanía hereditaria en la descendencia del gran elector, que no podia en adelante manifestar pretensiones á la Prusia Real. De esta manera renunciaba Carlos X á su proyecto de reunir las posesiones suecas en las costas meridionales del Báltico, pero no al deseo de incorporar las provincias marítimas de la Polonia.

Asustada el Austria con ver á la Suecia acercarse á sus provincias y en peligro la religion católica en Polonia, inclinó á Alexis Miguel de Rusia á invadir la Livonia, mientras que Leopoldo ayudaba á Juan Casimiro. Aquel mismo elector de Brandeburgo que habia favorecido á los suecos sólo por ambición, se unió á los polacos desde que éstos se decidieron á reconocerle independiente.

Los Estados de Holanda, cuyo comercio en el Báltico se hallaba lleno de trabas por el peaje que Dantzick les imponia, enviaron tambien una escuadra y se unieron á Federico III de Dinamarca. Este príncipe, que se encontraba amenazado, no se abstenia de hacer la guerra sino por el mal estado de sus rentas y la oposición de la nobleza, que no le concedía tropas, por temor de que las emplease en destruir la constitucion que le habia sido impuesta; pero

viendo que la ocasion era favorable para recobrar los territorios cedidos por el tratado de Bromsebro, empuñó las armas (1657). Para castigarle Carlos X, invadió el Juthland; y pasando de una manera, no ménos atrevida que nueva, el Belt por encima del hielo, trasladó sin barcos todo su ejército, caballería y artillería á la Fionia y al Seeland (1658). Él mismo marchaba á su cabeza; algunos batallones fueron sepultados. Sin embargo, «el frio era tal, que era preciso romper á hachazos el pan y los toneles de vino y cerveza, cojer despues los pedazos y deshelarlos, pues no tenian casi gusto. Tenian que ponerse las carnes en barreños muy calientes para que se deshelasen. El rey se reía de todas las incomodidades que no concernian más que á la comida y á la bebida, y no se cuidaba absolutamente de ellas; aunque participaba tambien de estos sufrimientos, no pensaba más que en conseguir su proyecto de pasar de la isla de Halland á la de Seeland.» Toda la Europa se admiró y se asustó, y Copenhague se vió de repente amenazada. Esto dispuso la paz; y en efecto, por sugestion de Cromwell, verificóse en Roskild. Los suecos adquirieron con aquel tratado el Halland, la Scania, Bleckengie, Bornholm con sus dependencias, y restituyeron lo restante.

Carlos X, que por pura ambición de engrandecerse habia puesto en guerra al Norte y ofrecido de nuevo la partición de la Polonia y la Dinamarca, aunque Cromwell se opuso á ello, creyendo que era una barbarie destruir la nacionalidad de un pueblo, Carlos X no se resignó á la paz sino por la necesidad, con objeto de aguardar el momento favorable para empuñar de nuevo las armas. En efecto, habiendo reunido Federico III tropas para destruir la viciosa constitucion de su país, se aprovechó de aquella ocasion; y por cuidado que tuvo la Dinamarca en evitar los pequeños pretextos en que pudiera apoyarse, recurrió á las armas, resuelto á no dejar subsistir de Copenhague más que una fortaleza para proteger la escuadra, y trasladar él mismo su residencia á la Scania. Dueño de esta manera del Báltico, se proponia, á la cabeza de ochenta mil soldados y cuarenta mil caballos, desembarcar en Italia, como Teodorico, y fundar allí una nueva monarquía de los godos. Decia, en su desmesurada ambición,